



CASANDRA

Margarita Peña

En la penumbra de las seis y media de la tarde de su departamento de una recámara de la Colonia Narvarte, Casandra enciende el televisor, se sienta en el sillón de enfrente, y emprende el viaje de regreso a lo largo de las 48 horas pasadas. El día cae sobre los muros y las calles, se desliza sobre las azoteas de la ciudad soñolienta, repleta de mujeres anónimas como Casandra.

Con algún retraso, el autobús de pasajeros de la línea Estrella del Centro la depositó en la terminal de la pequeña ciudad. La demora causada por la reciente huelga de los choferes de la línea que había desquiciado los horarios de las corridas, la molestó sobremedida. Estuvo a punto de discutir con el conductor que, además de haber partido con tres cuartos de hora de retraso, se detuvo en todos los pueblitos que se le atravesaron, haciendo, incluso, paradas ilegales para bajar o subir pasaje en plena carretera. En total, casi cinco horas para un trayecto que normalmente se hacía en tres. Cuando Casandra emprendió la calle empinada que conducía a la pensión, cargando su maleta azul-gris y su suéter color lila, se decía que el fin de semana no pintaba tan bien como lo imaginara. Desde hacía dos meses acariciaba sin comunicárselo a nadie, la idea de irse unos días al lugar en el que ella y Raúl planeaban alguna vez pasar la luna de miel. Antes de que Raúl se fuera a Estados Unidos a tratar de hacer unos dólares con su oficio de electricista, en el taller de su primo en la frontera; antes de que contrajera la malita tuberculosa ("tisis galopante"), que se lo llevó a la tumba en menos de un año; antes de que a ella se le murieran las ilusiones para siempre... De esto hacía tanto tiempo que parecía que lo había soñado: se habrían casado, tendrían ya hijos adolescentes, Raúl manejaría un automóvil último modelo, ella charlaría, alegre y despreocupada, a su lado; tendrían seguramente, una bella casa en la Ciudad de México, y vendrían con frecuencia al balneario... o a Acapulco, a Cancún, a Isla Mujeres. Casandra se detuvo ante la puerta blanca, flanqueada por dos matas de jazmín, de la Casa Charo. Bajita, esbelta, pulcramente vestida, con su cuello de piqué blanco sobre el vestido floreado, tenía un aire levemente infantil, recordaba a una monja que se hubiera quitado el hábito, de edad indefinida, modales corteses y palabras justas.

Segundo motivo de contrariedad. Charo y su hermana Rosita, ancianísimas dueñas de la pensión, le comunicaron que no le podrían dar la habitación que había reservado telefónicamente, con un pequeño balcón y vista a las montañas, porque había llegado después de las dos de la tarde, hora límite para la reservación de habitaciones. En lugar del cuarto rodeado de verdes, desde el cual podría contemplar el crepúsculo, y con él cual había fantaseado, tuvo que conformarse con una modesta habitación que daba al patio, frente a la cocina, cercana, eso sí, a los jazmines y hueledos nocturnos, y claro, más barata. Esto úl-

timo limó, hasta cierto punto, la aspereza de las palabras de Charo, dichas sin ningún comedimiento, con la prepotencia de quien sabe tendrá clientes de todas maneras, con un "tómelo o déjelo" implícito y desagradable. Resignada, Casandra empezó a desempacar su vestuario de fin de semana: una túnica de manta con delicados bordados en la pechera y mangas; unos huaraches blancos, del color de la túnica; alguna ropa interior, discreta; jabón, cepillo de dientes, toalla (las del pequeño baño, percutidas y levemente deshilachadas, le hicieron felicitarle de haber traído una propia), y lo que en esta ocasión constituía un lujo: ¡un traje de baño nuevo! Después de mucho pensarlo, se había animado a comprarse uno, color azul turquesa, de espaldas muy bajas y entrepierna recortada que dejaba ver más muslo de lo normal. La vendedora había disipado, aunque sólo fuera momentáneamente sus dudas: "Pruébese-lo, estoy segura de que le queda bien. Es usted esbelta, tiene buena silueta... es el traje de moda, que usan las muchachas jóvenes... les va a los cuerpos de adolescentes...". Casandra estaba muy lejos de serlo. Sin embargo, si de algo se ufana era de sus caderas estrechas que le permitían usar todo tipo de faldas y pantalones; de sus bonitas piernas; de sus senos redondos y firmes, cuya pequeñez alguna vez le había causado verdaderos complejos y que ahora, con dos o tres kilos más encima ("el jamón", solía decir su abuelo Matías, cuando se le atravesaba alguna mujer entrada en carnes "ya te llegó el jamón, chata..." con su gracia rústica de ranchero de San Buenaventura) habían adquirido dimensiones convenientes. Mucho más bonito, ahora, su cuerpo que el de la mayoría de sus contemporáneas, convertidas por los varios partos y la vida matrimonial, en abultadas matronas. Casandra desenrolló el traje, preguntándose todavía si se atrevería a usarlo. Le había costado un ojo de la cara: ¡casi la mitad de su quincena! La verdad es que el sueldo de maestra de inglés en la academia comercial le daba para escasísimos lujos: éste era uno de ellos. Al sacar las viejas sandalias de goma de la maleta, cuando se disponía a sacudirla y guardarla, pudo sentir la racha de aire frío rozándole la nuca, al tiempo que la ventana de cristal que daba al patio se entrecerraba suavemente. "Es Raúl", pensó con toda calma. "Está aquí, conmigo". La presencia de Raúl la acompañaba desde que levada por la desesperación, se había dado a la práctica de invocarlo en las sesiones convocadas por la tía Matilde. Era el eje, la tía, de un grupo de creyentes que se reunían semanalmente allá, por el rumbo de Indios Verdes. Casandra asistía de modo regular, y a través de la médium, lograba comunicarse con Raúl, con lo que quedaba de él, con su espíritu. Le reclamaba que se hubiera ido, que no le hubiera cumplido la promesa de casamiento; que por su muerte, ella se hubiera quedado soltera, sin hijos, sola. Matilde le transmitía las respuestas de Raúl, y entre murmullos y gemidos, le hacía llegar palabras de consuelo, mensajes que la ayudaban en la vida diaria, breves claves que ella debía ensayar cuando requiriera protección. Por ejemplo, tocar tres veces con los nudillos en alguna superficie, repitiendo su nombre, cuando se hallara en apuros. Llevar siempre consigo el collar de cuentas color de rosa preparado y bendecido por Matilde, a través del cual Raúl, en espíritu, la protegía. A veces, en las noches de insomnio, cuando despertaba sobresaltada por un mal sueño, acariciaba involuntariamente el collar que reposaba entre sus dos pechos, bajo el camisón. Lo llamaba. El rechinar de la duela, el tronar de algún mueble, un súbito portazo en la noche desierta eran la respuesta. Raúl estaba con ella. Otras veces, sólo el silencio, y Casandra, entonces pasaba horas recordando, acariciando el collar, sintiendo la impotencia total, la infinita imposibilidad de ver, de tocar, de besar, de sentir a Raúl. El vacío más absoluto.

La mañana despertó temprano, y a eso de las nueve, Casandra estaba ya en el balneario. Había desayunado fuerte (podría ahorrarse, quizás, la comida del mediodía), por lo que se tendió sobre uno de los prados contiguos a la enorme alberca. Se felicitó otra vez de haber traído una toalla que, sin proponérselo, con su dibujo de peces rojizos nadando en aguas azules, hacía juego con el traje de baño nuevo. Había tenido que pasar el rastrillo varias veces en la zona cercana al pubis con el objeto de eliminar el vello sobrante, y al pararse junto a un espejo, camino de la alberca, la sorprendió su imagen. El diseño del traje de baño hacía ver sus muslos más estilizados, sus piernas más largas; el escote recto, sin tirantes, se sostenía exclusivamente sobre sus senos, que se dibujaban como dos pequeñas manzanas bajo la tela elástica; el azul turquesa le sentaba divinamente, pensó, a su piel morena clara, levemente tostada, como su cabello, de un rubio cobrizo. Desde niña había sido "guera tostada" ("mi guera de rancho", solía decirle el abuelo Matías, revolviéndole el pelo con sus manos toscas que le producían



Dibujo de Fernando M. Díaz

cosquillas y escalofríos), y ahora, frente al espejo del balneario, sentía que su figura tenía algo de fruta madura, increíblemente joven para su edad, intensamente viva.

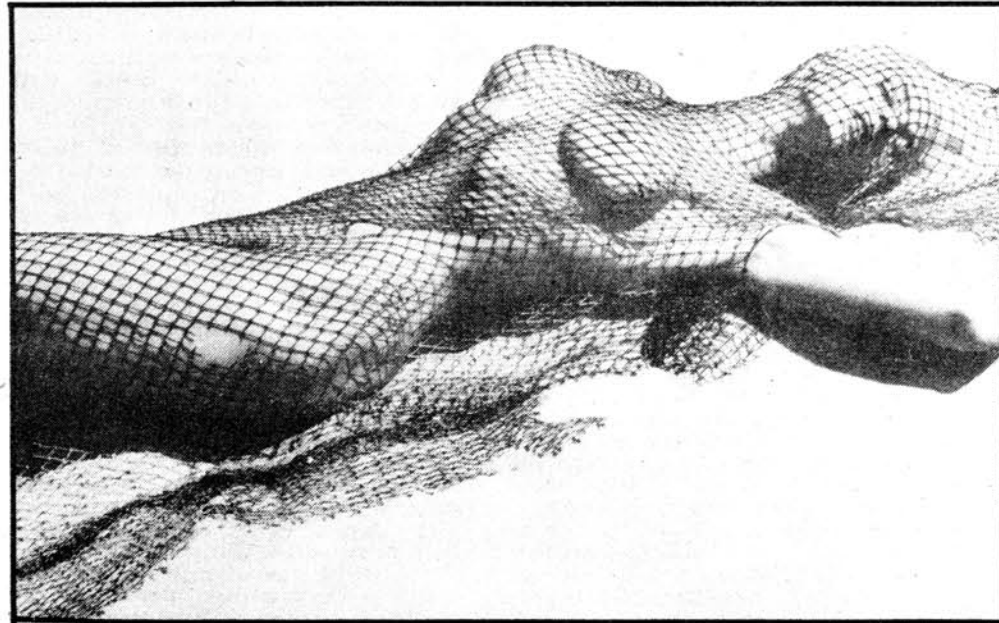
Si, eso era, pensó, mientras con la mano borraba las arrugas de la toalla antes de tenderse. Ella, fuerte y viva en esta mañana de sol y agua, tenía más de 10 años de estar cargando muertos. La crudeza de este pensamiento, la hizo estremecerse, como un latigazo, como una revelación. Los padres, desaparecidos en un accidente hacía 13 años, la dejaron en una orfandad de la que la resarcía solamente la presencia de Raúl. Se había asido a él como la hiedra al muro, con vehemencia, con desesperación. Luego, el viaje de él al norte, "a ganar dólares, y hacer alcancía para el casamiento". El regreso, enfermo ya, deslizándose como por un tobogán hacia la muerte, sin que nada ni nadie pudiera detenerlo. Y desde entonces ella iba cada 15 días a visitar las tres tumbas, a regarlas, ponerles flores, ofrendarles su

solre el pecho. Se arrepintió de haberlo comprado; se sentía casi desnuda, inerme, desprotegida... y el balneario comenzaba a llenarse. El sol repiqueteaba sobre su espalda, y finalmente, diciéndose que seguramente otras mujeres traerían trajes de baño similares, echando de menos el traje viejo recatado y conservador, floreado, con su púdica faldita sobre los muslos, que había dejado en casa, empezó a dormitar.

En la mente de Casandra, de modo espaciado y sin orden, se sucedían las imágenes. La de la Chata, diciéndole: "al fin te has animado a medio salir de tu caparazón... a ver si ahora si nos vamos por ahí, de reventón... qué tal que te ligas a un señor de tu rodada, ahora que te vas de week end, porque eso de estarle nomás guardando a tu difunto...". La Chata, chaparrita, gordita, gustadora; maestra de taquigrafía, mecanografía y contabilidad, hablando siempre en el argot de los alumnos, tratando de conjurar sus más de 40 años mediante relaciones, casi



Fotografías de Claudia Shapiro



Brigitte Nielsen

Fotografía de Herb Ritts

tiempo, sus rezos, su vida... Se irguió con rabia pero luego, arrepentida, pronunció suave, mansamente, para sí misma: "La verdad es que Raúl me sigue haciendo compañía..." Acostada boca arriba, con los ojos cerrados y el sol asateándola a través de los párpados, trató de sosegar, de adormecerse. Inútil: había olvidado los anteojos de sol en la pensión. ¡Qué ocurrencias, por una vez en la vida que venía a una alberca, y olvidar los anteojos oscuros...! Contrariada, se dio la media vuelta y se tendió boca abajo. Sintió que el traje se le subía demasiado sobre los glúteos. Trató de jalarlo a la altura conveniente. Inútil, ese era el corte, si insistía, el traje descendía

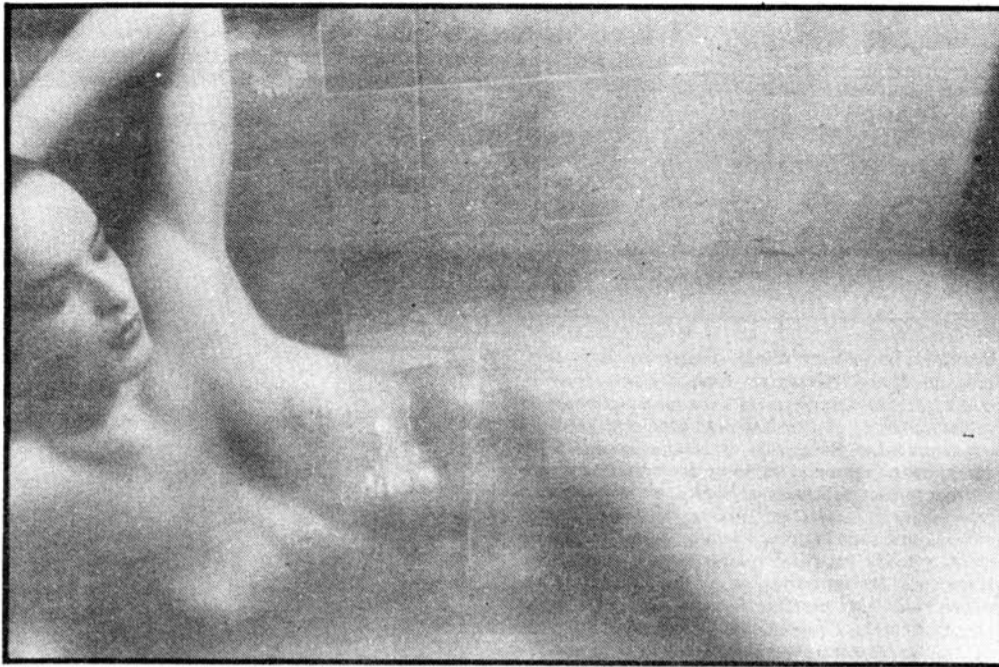
siempre efímeras, con quien se le pusiera enfrente: el administrador de la academia, el maestro aquel de Derecho Mercantil que no se quedó más que un semestre, los mismos alumnos... Morena, cabello muy negro, nariz aguileña, tacones altísimos, desparpajada. Era prácticamente su única amiga, si es que se le podía llamar así. No las unían más que las confianzas recíprocas y un común sentimiento de soledad, pese a las múltiples aventuras que poblaban la existencia de la Chata. "Más aspecto de prostituta que de maestra de contabilidad", reflexionaba ahora Casandra. La verdad es que si Miss Miriam y Don Al-

de la primera

fredo, los propietarios de la academia comercial la toleraban era por su eficiencia, su extraordinaria capacidad de trabajo. Seguramente la Chata aprobaría el famoso traje de baño, a lo mejor hasta le proponía que se fueran juntas a Acapulco en Semana Santa. La había invitado un montón de veces. A ella le aterraba la idea de pasear por la Costera, ir a Caleta en compañía de la Chata. De seguro que los "galanes" como les llamaba la Chata a todos los varones vivos, no las iban a dejar en paz. Y le daba terror. Su madre, por supuesto, no la habría aprobado. Honrados comerciantes (tanto que no le habían dejado por herencia más que una modesta cantidad de dinero que, colocada en el banco, en lugar de aumentar disminuía día a día), habían logrado darle una educación esmerada. La carrera comercial en una escuela bilingüe, y luego, con sumos esfuerzos y el apoyo de una beca, una estancia de un año en San Antonio, Texas, "para perfeccionar el inglés". Gracias a lo cual venía defendiéndose desde la muerte de sus padres. Recuerdo de esa época de estudios y uniforme era el gusto por los cuellos blancos, de piqué, algodón o encaje, que la Chata tanto le criticaba: "Pareces antigua, o monjita... mira, si te los quitas, te invito el sábado próximo al club de solteros del que te conté, el de la Del Valle... hay unos chavos de primera..." La verdad es que este traje de baño le iría mejor a la Chata, desenvuelta, enamorada, voraz; y también generosa, disparadora, solidaria. "Todo un personaje, como las mujeres de las películas mexicanas de antes que pasan por la tele..." se dijo Casandra, totalmente amodorrada. Y se durmió.

El sol pegaba fuerte sobre los laureles, los cipreses y la única palmera del balneario. Un paisaje más mediterráneo que tropical, con los cerros de perfiles suaves enmarcando la alberca, los vestidores, la construcción de un piso que albergaba el restaurante, la pista de baile, el bar, con sus arcos abiertos al campo y a la maleza; más allá, la cancha de volibol, la de tenis, el tobogán que arrojaba a los aturdidos bañistas en medio de la alberca. La orquesta iba ya en el tercer bolero cuando Casandra abrió los ojos mareada por el sol y los acordes estrepitosos de *Corazón de madera*. De pronto, no supo en donde estaba. Manchas rojas le obnubilaban la visión, y jirones de sueños le enturbiaban la mente. Veía a su papá y su mamá subir y bajar apresuradamente de un autobús Estrella del Centro, veía un tobogán —parecido al que estaba a sus espaldas— arrojando costales de cemento a la alberca; había soñado con una cabeza clásica, como de estatua griega, con las facciones de Raúl y los ojos vacíos. Frotándose los ojos enérgicamente, se dijo que tales sueños no eran para un sitio tan resplandeciente como éste. Se le-

CASANDRA



vantó, ajustándose el traje lo más que pudo, se alborotó la melena corta, y volvió a sentarse, extrayendo de su bolsa de paja el frasco de loción bronceadora. Al ver su piel enrojecida a trechos decidió que ya había tenido bastante de sol, y se corrió hasta la sombra del árbol próximo. Allí se acomodó y se puso a mirar en su derredor, al tiempo que esparcía lentamente la crema sobre las piernas, los muslos, los brazos y los hombros. Eran más de las 11 de la mañana, y el quiosco, junto al restaurante y la pista de baile, estaba lleno de niños y papás comprando golosinas... Fue entonces cuando lo vio; más bien, cuando sintió que alguien la miraba, y al tratar de ubicar la mirada dio con los ojos oscuros, inquisitivos, penetrantes bajo las cejas espesas de ese hombre fornido, como de 40 años, de cuerpo casi totalmente cubierto de vello —en el pecho, un poco en los hombros y en la espalda— que la miraba, la mira-

ba, la miraba, al tiempo que jugaba con un avioncito azul que sostenía en la mano derecha. Casandra sintió la mirada como una intrusión en su espacio, en su privacidad. Hasta allí se había sentido ajena a la gente de la alberca, como si se encontrara en el interior de una burbuja, de su burbuja de espectadora solitaria, y ahora, de pronto, la mirada del hombre penetraba, rompiéndola, la burbuja invisible, dejándola expuesta a la vista de todos, enfundada en su traje de baño sofisticado y breve, sin defensa alguna. Sentía que por fin había sido detectada. No podía haber sucedido de otro modo. Era el castigo a su atrevimiento. Instintivamente se replegó contra el tronco del árbol, buscando protección en vano. Recurrió al único remedio disponible: sacar de la bolsa una revista de modas que había traído por si acaso había ocasión de verla. La abrió. Fingió concentrarse en la lectura y durante un rato no levantó la

vista. Cuando terminó con el artículo sobre *aerobics* y miró cautamente en dirección al quiosco el hombre moreno había desaparecido. Curiosamente, no se sintió aliviada sino levemente defraudada. Miró en todas direcciones pero ni rastro del señor del avioncito. Algo en la complexión del hombre y el tórax velludo le habían recordado a su padre. Hijo de español —aragonés, por más señas— y mexicana, su padre era velludo en extremo. Recordó, divertida, la ocasión en que a su madre se le ocurrió colocarle en el pecho un parche para la tos, de esos que ayudaban a expectorar y luego, ante la imposibilidad de arrancarlo por la cantidad de vello, hubo que separarlo cuidadosamente con tijeras. De temperamento irascible, el padre estaba furioso por las ocurrencias de mamá —aunque, claro, se le había quitado la gripa al tiempo que ésta cortaba vellito por vellito. Casandra se reía al recordarlo, mientras inspeccionaba con detenimiento el restaurante —hasta donde alcanzaba a ver— y la pista de baile. Finalmente, sin poder resistirlo, se incorporó, recogió la toalla, la bolsa y la revista. ¿Dónde andaría el señor de marras? Tenía sed, y con una expectación infantil, se dirigió al quiosco. Se sentó en un taburete alto y, bebiendo con fruición el refresco helado, se dedicó a observar a la concurrencia. Familias, en su mayor parte; alguno que otro solitario, como ella; grupos de muchachos y muchachas en las mesas, tomando refrescos, cervezas, comiendo papas fritas que sacaban de paquetes traídos del quiosco; riéndose, jugando, pasándola bien. Sintió que se le encogía el corazón. Ella no pertenecía a grupo alguno. Ni familia, ni hijos, ni marido, poquísimos amigos. Su único hermano se había ido a radicar a Los Angeles. Todavía se acordaba de aquella Navidad en que Juan José le insistió tanto en que fuera a visitarlos. Juntó sus ahorros, compró un pasaje de avión a crédito, y llena de expectativas, se lanzó a ver a la familia. Regresó antes de lo previsto, antes de Año Nuevo. Juan José la había recibido con espontaneidad y afecto, pero Alicia, la cuñada, no había abandonado un momento la actitud distante, pidiéndole que no cargara a los sobrinos, que no les regalara dulces, que no los atendiera demasiado, "porque se malacostumbran". Se sintió totalmente fuera de lugar, intrusa, rechazada, y cambió su boleto de regreso, pretextando que había olvidado un compromiso importante para el Año Nuevo. Algo relacionado con su jefe, su trabajo, ¿sabes? Juan José lo aceptó a regañadientes. *Licha* no pudo ocultar la expresión de alivio. ¿Qué tal que a la única hermana de Juan José, soltera y sola, se le ocurriera quedarse a vivir con ellos? Del limbo de los recuerdos penosos Casandra bajó de golpe a la realidad del balneario. La pequeña orquesta tocaba *Sabor a mí*, y allí mismo, ante sus ojos, detrás del pilar del fondo descubrió al hombre velludo que leía tranquilamente la sección de deportes de un periódico. ¿Pues no que ya se había ido? Sin pensarlo, Casandra se deslizó del taburete, de refresco en la botella, fue a sentarse exactamente en la mesa contigua a la del "galán". Se sorprendió nombrándolo mentalmente con la palabra preferida de la Chata. Al sentir una presencia cercana, el hombre miró distraídamente hacia la mesa, y cuando vio que era ella, hizo el periódico a un lado, lo colocó junto al avioncito azul y se dispuso a levantarse de la silla. De hecho, lo hizo. Pero para entonces, Casandra ya había retirado ruidosamente la suya y, derramado el resto del refresco, recogiendo precipitadamente sus cosas, se dirigió a paso veloz a la salida del restaurante, en dirección de la alberca. El hombre se detuvo un momento, sorprendido, y luego aceleró el paso tras ella. El cemento del piso, recalentado a estas alturas del día (más de las 12), le quemaba a Casandra la planta de los pies. Y por supuesto, al hombre también, el cual, a lo largo de 25 metros de marcha forzada se iba preguntando por qué esta tonta no se habría quedado tranquilamente sentada a la sombra del quiosco, a la par que admiraba la elasticidad de sus piernas, los giros armoniosos del torso, la melena de reflejos dorados al aire. "Un bocado de cardenal... aunque no muy joven, y algo rejega" se dijo al tiempo que la seguía. A Casandra no le quedaba más refugio en su huida que la alberca verdeazulada, así es que después de botar malamente toalla, bolsa, revista sobre una de las bancas de cemento, se lanzó de cabeza, en un clavado nada estético, a la parte más honda. El hombre la siguió, haciendo lo mismo. Casandra nadó apresuradamente hasta la orilla opuesta, la más profunda, la más desierta. El hombre la siguió, haciendo gala de una magnífica técnica de *crawl*. Casandra, aferrada a la escalera metálica, lo miraba acercarse, paralizada y expectante. Se le vino a la memoria

Mark Strand

EL MONUMENTO DE LO IMPOSIBLE O LA ESCRITURA QUE VENDRA

Evodio Escalante

Al parece que la ironía, entendida lo mismo como método de descreimiento en la propia persona que como técnica de distanciamiento, terminará por convertirse en la gran diosa de la Escritura. Socavados los antiguos terrenos de la lírica, corroído el prestigio de lo sublime, que en la recomendación de Longino buscaba elevar la expresión a las alturas de lo celeste, justo ahí donde antes habitaban los dioses, la escritura moderna no puede menos que buscar salidas alternativas. La ironía, esa trascendencia negra, esa búsqueda de lo otro en los espacios horizontales del ser-para-la-muerte, se convierte en la figura rectora. Es decir, en la figura por excelencia. Un libro reciente de Mark Strand parece apuntar en esta dirección. *El monumento*, es una notable traducción de Elisa Ramírez Castañeda (Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 1989, Col. Legítima Defensa), se coloca en el punto de una inflexión irreversible. Strand, uno de los mejores poetas de lengua inglesa de su generación, abandona el verso para escribir un texto que sólo aspira a ser, en sus propias palabras, *prosa en blanco*, y que, al asumir la plenitud del cero, el vértigo del vacío, se lanza a la desesperada búsqueda de un destinatario que lo trascienda y que, al menos virtualmente, es el único capaz de salvarlo: su traductor. El eje de la creación artística, así, se ve desplazado. La mayestática y a veces abusiva figura del poeta creador pierde sus rancias potestades y propicia un relevo eficaz, al que también habría que entender como inevitable.

El traductor es una instancia inevitable, incluso dentro de la propia lengua. El lector es, en estricto sentido, un traductor, un descifrador, un intérprete. En cierto sentido: el único intérprete autorizado (el único que puede justificar una escritura). *El monumento*, de Strand, es, en este sentido, el reconocimiento de que el poeta borda en el vacío de su propia persona, de que él no es nadie, y de que, careciendo de sustancia sólo podrá encontrarla a posteriori, después de lanzada la piedra y en no se sabe bien qué abismos o cañadas. La verdadera sustancia de Strand está en el anonimato de sus lectores, de sus traductores, hombres o mujeres que él acaso nunca conocerá. De aquí las constantes interpelaciones a ese anónimo personaje. El apóstrofe, la interpelación, se convierte en uno de los recursos privilegiados por el texto. Es una medida desesperada pero también de extrema lucidez. Por la vía de la ironía, esto es, del desdoblamiento, el poeta intenta un diálogo con fantasmas. El texto parece saber que toda lectura es un diálogo fantástico, una conversación imposible con un sujeto que

escapa a toda determinación. Apostrotarlo es una manera de tenerlo cerca, de tomarlo de la camisa intentado acercarse a su rostro, para escucharlo, sabiendo bien que en ese rostro lo que uno encuentra es el signo de nada, el vacío siempre por colmar.

Pero antes de desdoblarse en ese sujeto anónimo e inasible que podemos llamar soberano lector, el poeta ha de desdoblarse en signos. El poeta segrega su escritura de modo inevitable, como el caracol ese caparazón calcáreo que le sobrevive y que se convierte en su única huella, el único rastro tangible de que ha pasado por el mundo. En *Ciudad de la memoria*, Pacheco evoca esta situación en términos que muy probablemente aprobaría Strand. Para Strand, lo mismo que para Pacheco, la escritura es un catafalco. Un sarcófago textual, un "sepulcro adecuado". Lo paradójico es que la escritura, que devora al ser, está vacía de ser. Su carga, diría Strand, "es la plenitud del cero". El vacío, de la ausencia. Es esta ausencia la que reclama al otro, al ser intramundano que puede aproximarse y rellenarlo de sexo, de carne, de sentido. Strand, que se comporta ante la poesía como un pepenador de milagros o de maravillas, que recorta y pega trozos de todos los poetas y los incorpora a su texto con ánimo de disolver su necia personalidad en la personalidad de los otros, no puede menos que exaltar la figura del traductor. Aunque ajeno a la eclosión lírica, como si ésta careciese de lugar en el mundo contemporáneo, no deja de exaltar, permitiéndose una leve licencia, a ese personaje al que de algún modo le deberá la vida, aunque sea la vida de ultratumba. Por eso, dirigiéndose a su traductor, le dirá: "Tú no eres un simple traductor, sino un ángel-intérprete" (p. 19).

Al fin, se trata de un gesto coherente. Si la tesitura del *collage* hace de *El momento*, cuando menos en parte, una recopilación de lo que habría que llamar *found poetry*, poesía encontrada en alguna parte, no importa dónde, e incorporada al ser por la vía del hallazgo, la otra cara de ese hallazgo precioso y al mismo tiempo totalmente contingente, es el traductor. ¿Por qué no exaltarlo, pues? ¿Por qué no dejar que él resuelva, según sus gustos o sus instintos, los problemas del texto? Strand le habla a su traductor y lo autoriza a hacer lo que quiera. El texto está en sus manos. Strand cede sus poderes, si es que todavía tenía alguno. Por eso le dice: "Usa las palabras por las cuales tú mismo sientas inclinación. Si te resulta difícil, sugiero que abarques con una sola palabra muchas otras."

Muchas otras palabras. Abrirse a lo múltiple, a lo imprevisible. En otras partes de su texto,

Strand va todavía más allá. Le pide a su traductor que prosiga por su cuenta, que complete según su sentir lo que haya que completar. La inflexión es totalizante. El traductor se encuentra de pronto en un campo desconocido y que él no se esperaba: escribir por sí mismo, sacar sus propias palabras y ponerlas ahí, sobre la página, autorizado por el autor, pero a la vez con la plena conciencia de que ahora también él es el autor. Los editores, muy sabiamente, han dejado suficientes espacios en blanco para que, según la autorización de la que se habla, el traductor incluya sus pensamientos, sus observaciones. Esta repentina libertad, de rebote, también trastorna la secuencia de la lectura. O mejor dicho: la completa. El lector se siente invitado a aplicar el trazo de su lápiz 3H ya no sólo para subrayar sino para anotar sus propios pensamientos, sus ocurrencias. Agazapado en sus recovecos, e incitado a salir de ahí, el lector escribe su lectura, convierte su lectura en una escritura, se descubre caminando con las sandalias del escritor; se asume, para decirlo de otro modo, como escritor, y se asombra de serlo, así sea el suyo un estado larvario. El texto de Strand se ha convertido ya, por esta vía, en otro texto, que se adhiere al primero y que redondea su sentido.

Toda escritura de verdad, en nuestro tiempo, suscita otra escritura. Si esta observación es exacta, entonces hay que decir que la de Strand cumple plenamente con su objetivo. La cadena de los desdoblamientos adquiere así un nuevo eslabón, no por inesperado menos interesante. El lector, macho o hembra según la terminología de Cortázar, se convierte en coautor. No creo que nadie que haya leído *El monumento* haya dejado de hacer sus anotaciones. No creo que nadie haya dejado en blanco esta libertad sugerida (exigida) por el texto. La serpiente textual, del modo más placentero posible, quiero decir, del modo más erótico posible, se ha mordido la cola. La lectura se convierte en escritura y la escritura en lectura, en un regreso al infinito que constituye la verdadera libertad del texto. Su verdadera contingencia. Pero también, su verdadera razón de ser.

Ya se ve, por lo que llevo dicho, que recomiendo entusiastamente la lectura de este libro de Strand. No sólo porque en él y con él se cumple una escritura, una escritura a campo abierto, reveladora de intemperies, sino porque en la profundidad irónica de su planteamiento es posible leer un signo de los tiempos. Una señal de lo que está por venir.



Raúl, nadando denodadamente contra las olas de Mocambo, en aquel viaje con Ernesto y Diana, poco antes de que él se fuera a Estados Unidos. El hombre había llegado junto a ella y, sin más, deteniéndose con la mano de la escalera, la sujetaba con la otra, y le estampaba algo que quería ser un beso —una verdadera mordida— en los labios. Casandra se debatió, y finalmente cedió. El hombre le dijo toda clase de palabras amorosas, insinuantes, obscenas, al oído. No había nadie cerca. Hizo además de bajarle el traje de baño, al tiempo que enlazaba sus piernas con las de ella. Casandra sólo pudo musitar: "No, por favor, aquí no." El entonces, se hizo a un lado, permitiendo que ella ganara la escalera, emergiera con esfuerzo, superando la pesantez del agua, acomodándose el traje sobre los pechos. Una vez afuera, se dirigió atontadamente hacia la banca, recogió maquinalmente sus cosas, hurgando ansiosamente en el fondo del bolsón, buscando la llave del vestidor. Para colmo, le había tocado uno de los últimos del pasillo, cerca ya del muro que delimitaba el balneario. No veía la hora de encontrarse a salvo, tras la puerta cerrada. Y al mismo tiempo sentía como si las gotas de agua se evaporaran al contacto del calor que emanaba de su cuerpo. Como si de un momento a otro fuera a brotar vapor por cada uno de sus poros. Volteó y, en efecto, el hombre, el galán, o el señor del avioncito, la miraba de lejos, tranquilo, secándose con una toalla que había sacado quién sabe de dónde, tomándose su tiempo. Mientras ella se encaminaba hacia el vestidor, entre el tropel de sus pensamientos, trataba de reproducir sus rasgos: cejas negras, ojos profundos, pelo raleando al frente, rostro como de árabe... guapo, qué duda cabe. ¿Y si el destino le hubiera deparado la sorpresa de su vida, el hombre de su vida, su hombre, aquí en este lugar desconocido, lleno de vacacionistas que, por lo demás no parecían darse cuenta de nada? Entre cavilosa y apresurada llegó al vestidor. No había nadie en los alrededores, la gente parecía estar concentrada en el bar, la alberca, los prados. Una jacaranda derramaba sus flores moradas junto a la puerta metálica. La abrió, entró, comenzó a secarse: el cabello, el rostro, los muslos, las piernas, los dedos de los pies, los huecos de las orejas. Su piel olía a cloro, a agua, a sol.

La puerta cedió lentamente para dar paso al hombre que la había seguido como quien no quiere la cosa; a un torbellino de caricias, mordiscos, besos y palabras, a la embestida. Casandra fue, sin más, penetrada por primera vez en su vida. Adiós a la virginidad guardada por necesidad durante casi 40 años. El estrecho espacio del vestidor bastó para todo. Se sentía a un tiempo terrenal y celestial, adolorida y transportada, en un sueño diurno orlado de jazmines, laureles y nubes. El vientre, la vagina, el clítoris



cobraban vida ante los requerimientos de las manos, la lengua, y "aquello" que el hombre manipulaba con maestría. Casandra ignoraba esas partes recónditas de su propio cuerpo, y ante la posibilidad terrible, imaginada en ese instante, de haberse muerto sin conocerlas, redoblaba la intensidad de la entrega. Los labios, los dientes del hombre eran como flores carnívoras que al rozarla, la devoraban. Todos los orgasmos que pudo entregarle a Raúl, estallaron en ese momento. Era como comulgar con el universo. El cuerpo velludo, macizo, del hombre, se parecía al de su padre, cuando con su calzón de baño de lana azul marino se asoleaba en la playa de Miramar. El, como ella, también olía a agua. Mordisqueaba los pezones de Casandra, entraba en su cuerpo una y otra vez, frotaba subrepticamente el clítoris, besaba la axila. No le preguntó su nombre. Después de un largo, largo rato, de horas que se consumieron como los cirios de un altar, hasta el pabito, la besó su-

veremente en el cuello, y se fue como había llegado: sigiloso, seguro de sí mismo, anónimo.

En el espacio que medió entre la caricia, el cerrarse de la puerta, la partida, y la voz de la cuidadora del balneario tocando fuerte y preguntando áspidamente: "¿Hay alguien ahí todavía?", Casandra, casi desvanecida, yaciente sobre la banca espaciosa, forjó mil hipótesis, mil futuros distintos. ¿Quién era este hombre, cómo se llamaba, venía del Distrito Federal, viviría aquí, en la pequeña ciudad blanca? Había creído entrever un anillo en el vértigo del encuentro, en la violencia de un acto que —ahora empezaba a sentirlo— había sido casi una violación; un anillo con una inicial, una "R", o una "P", o una "B"... ¿Pedro, Rolando, Braulio? ¿Y si fuera un extranjero, de algún país árabe, de los Balcanes? Hablaba raro, como entrecortado. ¿Volvería a verlo? A lo mejor él ve-

nía cada semana, cada 15 días. Estaba muy bronceado... Ella podía intentar venir siquiera cada mes. ¿Y si se proponía localizarlo en la Ciudad de México? ¿De qué manera? Sería como buscar una aguja en un pajar... A lo mejor en uno de esos bares de solteros de la Chata... Se veía a leguas que era un solitario, como ella. Y algo le dijo de llevarla a dar la vuelta en su Chrysler nuevito... Una "R"... Ojalá no se llamara Raúl... no, por favor. El rostro de Raúl se le perdía, pálido y macilento, como en los últimos meses de su enfermedad. Maquinalmente se llevó la mano al cuello, buscando el collar. No lo traía. "Se rompió el sortilegio", pensó con alegría. Se estaba vengando de Raúl, de su ausencia, de su muerte injusta. El galán y ella estaban vivos, podían casarse —¿por qué no?— llegar a tener hijos... Todo estribaba en que no se le perdiera... La voz apremiante de la cuidadora la sacó de su ensimismamiento. Recogió la toalla, mojada, arrugada y manchada en partes; el traje reducido, en un rincón, a un montoncito de tela color turquesa; se vistió con la túnica blanca y las sandalias blancas. Salió a la tarde esplendorosa.

El balneario se vaciaba lentamente. La gente iba desfilando hacia la salida, y la alberca se quedaba sola. Casandra miró en torno a ella con ternura, con afecto. El lugar había cobrado, de pronto, un significado en su vida. Avanzó despacio hacia la salida, hacia el estacionamiento sombreado por el follaje de los tabachines. Una tenue bruma envolvía al balneario, a los bañistas, los separaba de los cerros. Había algo en el aire que impedía ver con claridad. Tuvo la sensación de que todo era borroso y confuso. Los coches cargados de turistas pasaban frente a ella, y enfilaban hacia la carretera. Le pareció distinguir un automóvil color gris en el que un hombre moreno empuñaba firmemente el volante. Junto a él, otra persona se reía. Un niño en la ventanilla trasera, con un avioncito en la mano, decía adiós al balneario, le decía adiós a ella. No sabía si realmente veía las cosas, o soñaba; y de ser así, si se trataba de un sueño, o de una pesadilla.

María Luisa Martínez (Casandra en el grupo de videntes y espiritistas de doña Matilde) camina unos metros. Siente que al gozo exultante de hace unas horas, a la plenitud de hace un momento, ha sucedido una insupportable melancolía. Se dirige a la parada del camión suburbano que la dejará en la esquina de Casa Charo. Oye, todavía el final de la última canción que llega desde el balneario:

"No volverás a escuchar mis palabras de amor, ya no tendrás el calor de mis besos..."

Hace la señal de parada al camión color naranja. Se sube, paga y con gesto de robot se sienta. Por lo menos, piensa, tiene ya algo que contarle a la Chata.

Segunda Elegía

ELEGIAS DE DUINO

Rainer Maria Rilke

Traducción de Lorenza Fernández del Valle y Juan Carvajal

Todo ángel es terrible. Y sin embargo, ay de mí, yo os invoco, aves casi mortales del alma, sabiendo lo que sois. Lejos quedaron los tiempos de Tobías, cuando, uno de los más radiantes, se aposentó en el humilde umbral apenas disfrazado para el viaje, y ya sin ser temible (era un joven ante el joven que, indiscreto, lo miraba). Y si ahora el peligroso arcángel descendiera de atrás de las estrellas un paso apenas hacia nosotros, nuestro propio corazón nos mataría. ¿Quién sois?

Afortunados entre los primeros, mimados de la creación, promontorios, cumbres aurales de todo lo creado, polen de la divinidad en flor articulaciones de la luz, pasadizos, escalas, troncos, estancias de esencias, escudos de delicia, tumultos de tempestuosos sentimientos, y de pronto, solitarios espejos: que irradian su propia belleza y la recogen de nuevo en su propio semblante.

Pues nosotros, allí donde sentimos, nos evaporamos, ay, nos disipamos en aliento hacia afuera; de ascua en ascua emanamos un más tenue olor. Entonces alguien puede decirnos: sí, entras en mi sangre, esta habitación, la primavera se llenan de ti... ¿Qué podemos hacer?, no puede retenernos, desaparecemos en él y en torno a él. Y a quienes son bellos oh, ¿quién los retiene? Surge una incesante apariencia en su rostro y se evade. Como el rocío en la hierba temprana se levanta en nosotros, como el calor de un plato caliente. Oh sonrisa, ¿hacia dónde? Oh mirar hacia arriba: nueva, tibia, huidiza ola del corazón; ay de mí, eso somos, sin embargo. ¿Sabe a nosotros el espacio en que nos disolvemos? ¿Toman los ángeles en verdad sólo lo suyo, lo que irradia de ellos, o hay algunas veces, como por error, algo de nuestro ser en ellos? ¿Estamos en sus rasgos apenas como el paño en el rostro de las encintas? Ellos no lo perciben durante el torbellino de su retorno a sí mismos. (Cómo iban a percibirlo.)

Los amantes podrían, si lo comprendieran, hablar maravillosamente en el aire nocturno. Pues parece que todo nos oculta. Mira: los árboles están, las casas en que habitamos permanecen. Sólo nosotros

pasamos ante todo como intercambio aéreo. Y todo está de acuerdo en acallarnos, en parte por vergüenza y en parte por una indecible esperanza.

Amantes, a vosotros, satisfechos el uno en el otro, os pregunto por nosotros. Os palpáis. ¿Tenéis pruebas? Mirad, acontece que mis manos se entrelacen una a la otra o que mi fatigado rostro se refugie en ellas. Esto me proporciona alguna sensación. Sin embargo ¿quién por sólo eso se atrevería a ser? Pero a vosotros, que crecéis en el arrobamiento del otro hasta que él, abrumado, suplica que ya basta; a vosotros que bajo las manos crecéis abundantes como vendimias; que a veces dejáis de ser, cuando el otro predomina del todo: os pregunto por nosotros. Yo sé que os tocáis tan deliciosamente porque la caricia permanece, porque no desaparece el lugar que, amorosos, cubrís; pues debajo presentís la pura duración. Por ello os prometéis la eternidad ya desde el abrazo. Y sin embargo, si soportáis el espanto de las primeras miradas y el deseo junto a la ventana y el primer paseo juntos por el jardín: entonces, amantes ¿seguís siéndolo? Cuando uno al otro os lleváis a la boca a beber —bebida en bebida: oh, qué extrañamente entonces se evade de su acto el bebedor.

¿No os maravilló en las estelas áticas la justeza de los gestos humanos? ¿No estaban el Amor y el Adiós posados apenas en los hombros como si estuvieran hechos de materia distinta que la nuestra? Y las manos, cómo descansan sin apretar, aunque en los torsos está la fuerza. Esos señores de sí mismos sabían con todo ello: hasta aquí llegamos, esto somos nosotros: tocarnos así con mayor fuerza nos oprimen los dioses. Pero esas son cosas de dioses. Si halláramos alguna cosa humana, pura, contenida, humanitaria, una franja nuestra de tierra fértil entre la roca y el torrente. Pues nuestro corazón nos sigue trascendiendo, como a aquéllos. Y ya no podemos seguirlo con los ojos en imágenes que lo apacigüen, ni en cuerpos divinos, en los que se muestre más grandioso.

Aniversario de una novela de José Peón y Contreras

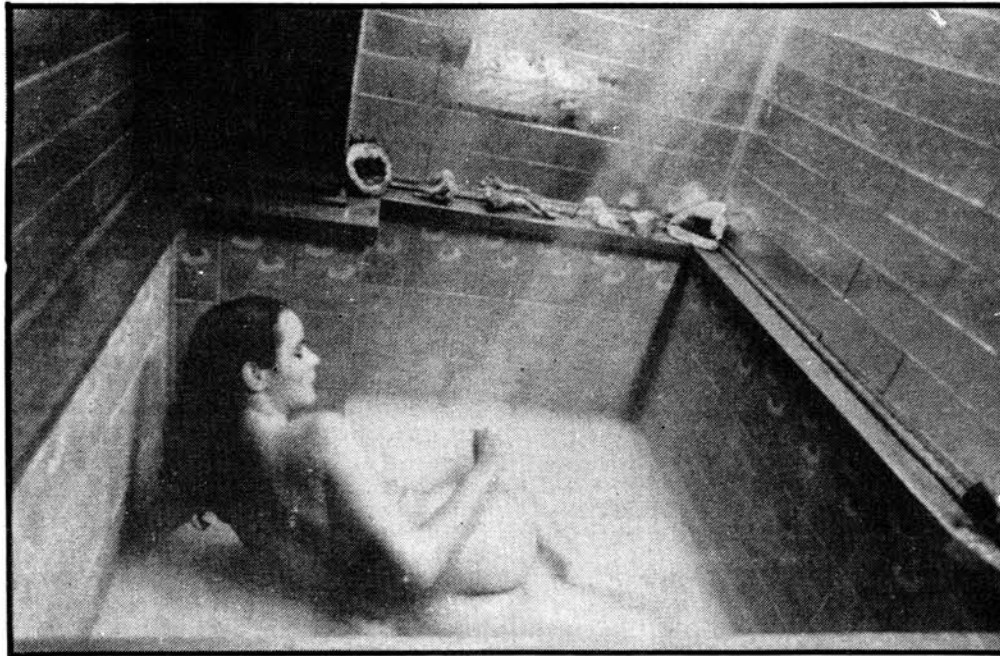
VELEIDOSA CUMPLE CIEN AÑOS

Gonzalo Valdés Medellín

En estos tiempos, en que se cuestionan tanto los valores de una cultura nacional auténtica, y sobre todo, cuando resulta terrible esa deliberada ignorancia y/o ninguneo de nuestras letras, es gratificante celebrar que una novela mexicana llegue a su primer centenario, aun en lo recóndito del olvido. Escrita, entre febrero y marzo de 1891, *Veleidosa* de José Peón y Contreras halló su última edición en 1982, gracias a la iniciativa de la SEP y Premiadora de Libros, dentro de la colección *La Matraca* que conjuntó novelas de Manuel Payno, Juan A. Mateos, Mariano Azuela, Ireneo Paz, Heriberto Frías, entre otros.

Veleidosa, una de las dos únicas novelas de José Peón y Contreras (la otra es *Taide*), constituye una muestra determinante de la novelística de fin del siglo XIX, así como un testimonio revelador del sentir de una época que veía sobre sí el presagio de la decadencia y el colapso del cambio que, 20 años después, sobrevendría con la Revolución Mexicana.

Personaje polifacético de nuestras letras, José Peón y Contreras, nace en Mérida en 1843 y muere en la Ciudad de México en 1907, fue médico y su obra como escritor abordó casi todos los géneros, entre los cuales destacó primordialmente en la dramaturgia con obras como *Gil González de Avila* (1876), *El conde de Peñalva* (1877), *¡Por la Patria!* (1894), por sólo citar algunas de las — a mi parecer — más representativas, al lado de la clásica: *La hija del*



rey (1876). También se ejerció en la poesía con *Poesías* (1868), *Romances históricos mexicanos* (1871) y *Trovas colombinas* (1881); varias de sus obras incluso las escribió en verso. Compositor, de varias canciones con arraigo popular, Peón y Contreras es un autor clave en la historia del teatro mexicano.

Con *Veleidosa*, Peón y Contreras incurrió por segunda y última vez en la narrativa. Aunque esbozada en cuadros que evidencian su oficio dramático, y en breves escenas que a Manuel Gutiérrez Nájera le hicieron deplorar la brevedad del libro, *Veleidosa* es quizá una de las últimas novelas románticas escritas en nuestro país. Con una fuerte carga de observación realista que denota influencia de Balzac, la heroína de Peón y Contreras es un replanteamiento veleidoso, si cabe el término, de la *Eugenia Grandet*, en tanto que *Veleidosa* es una mujer que en el amor ve el simple estallido del capricho, del deseo pasajero; cosa que ni por asomo se hubiera atrevido a estipular Balzac, por lo menos en *Eugenia Grandet*.

El nombre de la heroína de *Veleidosa* es Anselma González, que a Gutiérrez Nájera le parecía horroroso (con justa razón). Llena de atractivos, por la agilidad con que se van entrelazando las anécdotas y situaciones en tan sólo 80 páginas, *Veleidosa* es la historia de un amor desgarrado, pero no por parte de Anselma (lo cual da uno de sus principales atractivos a la historia de Peón y Contreras), sino de Salvador Morello, el enamorado pintor de pocos recursos que cae redondo ante la riquilla Anselma quien prende la mecha de la pasión para luego, con la frialdad más "despiadada" asumir que ya no siente nada

por él y que tampoco tiene mucha disposición para vivir en el aburrimiento que le produce el bobalico amor del pintor.

Por supuesto, Gutiérrez Nájera, prologuista de *Veleidosa*, se muestra receloso de la protagonista identificándose más con el desventurado amante, llegando incluso a estigmatizar a la mujer con aire condenatorio e irónico. Reprocha él: "No me anticipa *Veleidosa*. Es mujer y no tiene la culpa de ello. Ya la había conocido Lope de Vega cuando dijo que la mujer es tornadiza como el viento y las olas..." Quién sabe si la intención de Peón y Contreras haya sido señalar la irrealidad y la locura de esos amores románticos que irremediablemente iban a parar en la muerte del "desdichado" que vio a su amor toparse con el callejón del desprecio. El caso es que, leída hoy, *Veleidosa* resulta una novela interesantísima donde la mujer decide sobre sí misma rechazando todo tipo de imposiciones; es por esto que Anselma se cuestiona (inconscientemente, pero lo hace) la veracidad de sus sentimientos y apetitos carnales; tiene, se diría, el Don de ejercer la libertad de su existencia con la mano en la cintura y ello la conduce a ser el prototipo de la mujer *no-deseada* en una sociedad privativamente machista e hipócrita como la de finales del XIX en nuestro país.

Claro que Peón y Contreras se aboca a dar verosimilitud a la pasión de Salvador Morello y logra hacer de esto una manifestación pura y casi virgen del amor, rasgos enternecedores que logran conmovir al lector, pero que también lo llevan a rechazarlo por tanta ingenuidad deliberada y suicida que, no obs-

tante, lleva a Nájera al paroxismo cuando apunta enfurecido que Salvador "... Tiene la suprema belleza: la que da el haber amado mucho, sufrido mucho y morir perdonando. Esa es la belleza que arrojó a la humanidad ante el profeta esenio de la dulce mirada..."

Entendiendo los motivos de Gutiérrez Nájera, parecería que la postura de Peón y Contreras es totalmente antagónica, por la sencilla razón de que el autor de *Veleidosa*, no manifiesta compasión alguna por el joven enamorado; más aún se ensaña con él y pone sobre su andar una serie de infortunios que destacan la sabiduría de viejos refranes populares: *el pez por su boca muere o uno es el arquitecto de su propio destino*. Y con esto, Peón y Contreras se atreve a cuestionar el romanticismo como *esquema de vida*.

Es decir, Salvador Morello se sacrifica y ama a Anselma para revalidar su honor y su hombría. Tampoco tiene un proyecto vital definido; la pintura es sólo un espejismo, y como tal, el pretexto idóneo para corroborar la difuminación artística (la poca miga de su talento) es Anselma. Porque Salvador tampoco estaba convencido de esa "llama de pasión" que se enciende espontánea y que nunca llega a reciclarse con el contacto sexual; de hecho, Salvador, hasta el día de su muerte sólo ha estado representando un personaje convencional que a él le conviene. Anselma, la *Veleidosa*, únicamente hace acopio de lucidez, no quiere ser la casada infiel con un igual a Charles Bovary, se da, a sí misma, la oportunidad de la vitalidad. Por lo mismo tal vez, Peón la ubica como una lectora voraz, de los libros de su tía Genoveva, otra lectora solterona que se solaza leyendo a Eschrich, Dumas, Fernández y González, Zorrilla, Espronceda, Campoamor y Bécquer, autores a quienes Anselma obviamente lee harta de ver escenificada la misma escena de la mujer sumisa y, en muchos aspectos, idiota. Genoveva puede ser así, Anselma es otra generación.

Muchas subversiones conjugan *Veleidosa*. Peón y Contreras, por ejemplo, satiriza muy sutilmente el efecto metafórico (para utilizar el término de Susan Sontag) del amor como enfermedad, que prefirió a la novela decimonónica. Anselma está a punto de caer presa de la tisis, pero se resiste con la ayuda de Salvador y se salva. *Veleidosa* entonces ya no es la novela donde el amor forzosamente conlleva enfermedad y muerte para ser tal; y menos aún cuando no es tal, cuando Anselma realmente no ama a Salvador, cuando todo es una idea preconcebida, prefabricada que Anselma rompe de tajo, sin pedirle consentimiento a nadie, respondiéndole al encandilamiento que otro le propone.

Para lograr esto, Peón y Contreras trata de extirpar, hasta donde más le es posible, el melodramatismo de la trama. Por eso, no relata con lujo de detalles la muerte de Salvador (involuntaria, por otra parte, pues sin querer, en el pabellón de enfermos donde se encuentra en París, bebe la medicina equivocada y se envenena); por ello, no sabemos después nada de lo que acontece con Anselma una vez que ésta ha recibido la misiva de la muerte de Salvador que adjunta la última carta de él; por ello, Anselma queda incólume, como diciendo: "Ni modo, él se lo buscó..." o parafraseando al mismo Gutiérrez Nájera: "Era hombre y no tuvo la culpa de ello".

Veleidosa hace surgir nuevas reflexiones y formas para la novelística mexicana que continuará escribiendo sobre el tema de siempre: el amor. La manera, casi imperceptible en que José Peón y Contreras satiriza a la burguesía mexicana porfirista, revolcándola en el vacío de su existencia y en la endeblez de sus mitos, hacen de *Veleidosa* una de las grandes novelas mexicanas del siglo XIX que, por desgracia, y como suele suceder con la narrativa mexicana, es prácticamente desconocida.

Veleidosa, quepa subrayar, no es la gran afrenta estilística o formal; su experimentación fundamental está en el tema, que es una reflexión lúcida sobre la literatura de su tiempo.

Al cumplir 100 años, *Veleidosa* está más viva que nunca. Aún se puede conseguir la edición de la SEP/Premiadora, en algunas librerías de viejo. Vale la pena. A la recepción centenaria de *Veleidosa*, en el corazón de la literatura mexicana, todos estamos invitados.



EL BAUL DE LOS CADAVERES

Ignacio Padilla

Alejandro Dumas entró al mundo de la literatura como dramaturgo. Más tarde, inspirándose en Walter Scott, empezó una serie de novelas históricas en colaboración con Auguste Maquet, que iba a darle fama mundial: *Los tres mosqueteros* (1844); *El conde de Montecristo* (1844-45); *Veinte años después* (1845), etcétera. Su obra abarca la fabulosa cifra de 277 volúmenes en la edición de 1860-84. Dada la cantidad de información que llegó a manejar Alejandro Dumas, la editorial quebequense Guerrin ha publicado un *Diccionario Dumas*. El libro es bastante grueso y es todo un acontecimiento editorial en los países de habla francesa. El *Diccionario Dumas* fue ideado y compuesto por Réginald Hamet y Pirrette Méthé; el primero, profesor de literatura en la Universidad de Montreal, y la segunda, médica italianista y exploradora de archivos. Por orden alfabético se analizaron 650 obras de Dumas, desde el punto de vista histórico y geopolítico, así como la distribución de los personajes, que suman 37 mil 267, entre principales y secundarios. El *Diccionario* da la impresión de que Dumas se multiplicó hasta el infinito en sus novelas y obras de teatro.

• Jacques Derrida se rehúsa a construir un sistema filosófico. Antes bien, le concede prioridad a la experiencia y escribe por "compulsión". Al ser entrevistado por François Ewald —quien empezó por sugerirle que se imaginara a su futuro biógrafo— el filósofo francés dice que probablemente este biógrafo imaginario se limitaría a repetir perezosamente los datos del registro civil: Jacques Derrida nació el 15 de julio de 1930 en El-Biar, cerca de Argel. Esto posiblemente se opondría a la idea del "verdadero nacimiento" de Derrida, el cual se encuentra determinado, según él, por acontecimientos públicos y privados que lo llevaron a ser él mismo. Al respecto, Derrida comenta que a pesar de los sucesos de la vida, sólo se na-



La bouillabaisse novelística de A. Dumas. Caricatura del siglo XIX

ce una vez. Y este nacimiento se repite para siempre y constantemente. Esta idea se encuentra ya expresada en su obra, *Circonfession*: "Yo no he nacido todavía", escribió entonces. Ahora explica que en el momento en que hubiera decidido su identidad específica, ésta seguramente le habría sido robada.

• T.S. Elliot, al igual que Groucho Marx —con quien mantuvo correspondencia desde antes de su único encuentro— nació en San Luis, Missouri. Este poeta siempre rehusó, en bien de su calidad de norteamericano, la etiqueta que solían imponerle: "El más inglés de los escritores ingleses." Patrick Hutchinson habla de esta paradoja en su introducción a un voluminoso número de la revista *Detours d'écriture*. Pero el autor de *The Waste Land* está muy lejos de ser él mismo una paradoja. Así lo constata Philippe Mikriammos al hablar en esa revista sobre el compromiso religioso de T.S. Elliot. "El poeta se apega más a la palabra teológica que a su resplandeciente modernidad", escribe Mikriammos, y concluye que ésta última no pudo provocar que T.S. Elliot tras-



tocara la forma, la dicción y la historia de la poesía inglesa. Por otra parte, el apego de T.S. Elliot a las formas tradicionales se debe en mucho a la influencia de Ezra Pound, como también a los escritos de Laforgue. En esta publicación, varios estudios de Giorgos Seferis, Daniel Gronjowski y Lindall Gordon aportan nuevas luces sobre la correspondencia inédita de Elliot, cartas en las que se habla de su trabajo con Pound y de sus épocas como empleado bancario en la compañía Lloyds.

• William Burroughs explica su creatividad como resultado de la introspección; pero este "mirar adentro" no es voluntario, sino el producto de la experiencia traumática que derrumba el anquilosado sistema del hombre. Entrevistado por Victor Bockris en su casa de Lawrence, Kansas, el escritor comentó: "Se trata de un fenómeno universal. La creatividad surge de una serie de traumas en los cuales uno se ve forzado a mirarse a sí mismo. Eso es todo. Lo que hay afuera se encuentra adentro y viceversa, pero uno hace que estos aspectos sean accesibles al pintar, escribir, filmar o lo que sea. Esto es resultado de aquellos traumas, de aquel momento en el que uno se descubrió haciendo algo terrible." Para Burroughs, el hombre siempre está haciendo cosas terribles, aunque se trate exclusivamente de pensamientos. "No es necesario masacrar a millones o echar gas mostaza", explica Burroughs. "¿Cuánta gente en el lugar de Saddam haría eso o cosas peores?"



Juan Vicente Melo, un eslabón de la literatura mexicana

APROXIMACION (DIURNA Y DESOBEDIENTE) A LA OBEDIENCIA NOCTURNA

Ivonne Moreno Uscanga

Me parece muy grato, pero al mismo tiempo muy difícil, realizar un comentario exacto y bien configurado, del texto de Juan Vicente Melo *La obediencia nocturna* (1969), ya que la novela por y en sí misma es una narración contradictoria, ambigua, novedosa e imposible de juzgar a primera instancia. Lo que hoy expongo es simplemente una invitación a asomarse a su universo sintáctico y de simbología abstraccionista, cuyos moldes y estructuras subyugan a la realidad.

En un principio pensé que el tiempo que llevo de tratar con Melo, el libro de ensayos de Luis Arturo Ramos, el análisis contencioso de otros autores: Segovia (autor del famoso apelativo a *La obediencia nocturna* "el alcohol del diablo"), Ruffinelli, Homero, Margarita Vargas, autores que cita Luis Arturo en su libro *Melomanías*, el homenaje a Melo en pasados meses, así como el tiempo que he permanecido junto a Juan Vicente en el Taller de Lectura, la cercanía con algunos de sus familiares, sus amigos, sus gustos, sus preferencias musicales, plásticas y literarias (Wolff, Faulkner, Pavese, Joyce, Lowry, Borges), su *Autobiografía* y su identidad de pisciano, me abrirían senderos a la comprensión de la novela; pero no fue así, la pesquisa tomó otro cauce. El mundo nebuloso y de necesidades (de ser escuchado, de ser amado, de ser elegido, de ser encontrado, de "ser") de *La obediencia nocturna* se va dilatando conforme avanza la aproximación de su lectura.

Al leer la novela los sentidos se vuelcan a la canalización de la búsqueda, y entonces durante el desarrollo del texto, el narrador-protagonista y el destinatario están juntos en la exhortación y abluciones para el gran encuentro providencial, para la develación de la triada: amor-paraíso-dios, así como de las obsesiones del autor, que lo convierten en víctima y victimario de una ilusión final infructuosa.

Traté de ubicar un plano-guía que me esclareciera las causas y razones que se sustentan en la novela y, sobre todo, a sus personajes: al narrador-protagonista, a Beatriz, a Enrique-Marcos, a los Villaranda, a Graciela-Leonor, a Pixie-Tula, a la señora Beatriz-Gwendoline, del Señor-Rey-Varón, a Esteban y otra vez al narrador-protagonista, a sus muchos nombres femeninos que no son más que eso, nombres, y todo se me empezó a convertir en un eco de voces lejanas, remotas, apenas oibles, casi murmullos que pedían a gritos ser nadie, ser nada... "Pixie es nadie, Beatriz es nadie, y nadie es Adriana, nadie es la señora Rosalinda, que desapareció con tipos que compartían conmigo un cuarto; nadie es tampoco la señora Beatriz, que se asomaba a la ventana y cuya habitación cerrada guardaba secretos de la cantante de ópera, de actriz, carta de amor, fotografías con personajes célebres. La impecable totalidad del arte. Eso somos, eso quisiéramos, que fuéramos nadie..."¹

Comprendí entonces a *La obediencia nocturna* como la novela de los dualismos, de las consecuencias sin llegar al fin, de los juegos sin tiempo, del sueño de los sueños, la novela del reflejo que miente, que engaña, como cuando uno se mira en un espejo, y ese espejo lo engaña, exacto como le sucede al narrador... "al fin y al cabo da lo mismo una cosa o la otra, es igual..."²

Seguí entonces consultando mi plano-guía, y me encontré buscando al narrador-protagonista y queriendo hallar en él el origen de las inquietudes de Me-



lo, y sucedieron a este hallazgo una serie de interrogantes... ¿Por qué?

Por qué esto de un cuento infantil, por qué esto de un perro-tigre, por qué fantasías eróticas con matices epopéyicos y lúdicos en un jardín, por qué todo se termina, por qué todo vuelve a tener un principio después de Beatriz...

En algunas tesis concuerdo con Ramos acerca de la novela de Melo: "*La obediencia nocturna*: infructuosa tentativa de alcanzar a Beatriz, el doloroso anhelo de hallar en el pasado el origen de la culpa..."³ "*La obediencia nocturna* es la proyección de un estado intermedio, quizá transitivo entre la inocencia y el conocimiento..."⁴ "*La obediencia nocturna*, como la música, apela a la sensibilidad pura y resulta escasamente traducible a formas lingüísticas..."⁵

El pasado y la culpa, la inocencia y el conocimiento son los ejes centrales en esta incursión atormentada del autor que se identifica con el protagonista narrador en la novela; todo lo demás es añadidura de la especulación de un individuo que perdió su identidad, a causa de dejar atrás su infancia, sus seres más amados, su puerilidad, sus primeras asociaciones de amor y sensualidad, su edén.

La obediencia nocturna apela no sólo a la sensibilidad, sino a la hipersensibilidad, como acto de contrición interno, en donde uno se promete ser mejor, después de pecar, para desafanar la culpa y sentirse libre.

La obediencia nocturna transcribe, a nuestros sentidos, las notas de un pentagrama musical laico-profano que hace afrenta al amor-desilusión, castigo-premio, realidad-inventación de los bemoles de la soledad y el hombre.

La obediencia nocturna corresponde así a ese

choque violento que tiene un individuo al enfrentar la realidad física, sin el halo de la inocencia y el juego. Cuando nuestros juegos terminan, otro vuelve a empezar, pero nunca el primero, el virtual; no el de la esencia de nuestros juegos de niñez y de poderío propio, ese que tenemos para hacer y deshacer nuestras propias historias y nuestros propios cuentos. Después de esto del rompimiento del encanto mágico de nuestro mundo inventado y posible, queda sólo la imposibilidad de ser ese individuo integrado a su hábitat feliz (en el caso del narrador-protagonista a su hermana Adriana, a su madre, a su jardín, a su espada, al amor, a su ciudad, a su papel de héroe de cuento).

Con la partida del padre, la muerte del perro-tigre, el crecimiento de Adriana, la presencia de un tío, y posteriormente la muerte de la madre, el casamiento de Adriana, y el "juego terminado", comienzan las "nuevas búsquedas"; a partir de esto, el narrador se atribula entre personas y circunstancias donde todo y todos son lo mismo; todo zozobra ante la desdicha e incertidumbre de un ser noctámbulo obediente y ebrio.

El alcohol sólo es aquí el medio, el canal a la incandescente búsqueda que se ahorca en el vacío.

Ahora ya nada importa, ni quién es quién, pues el Paraíso está perdido, "la mano del amor ahora es grave"⁶ y Dios en la penumbra. "Me llamo Enrique/Marcos, me han ordenado que hiciera esto. Pero puedes llamarme por su nombre. Marcos quiere decir lo mismo que Enrique. Somos la misma persona y sólo un Dios Verdadero. Fue el —Dios Padre— quien ordenó y yo —Hijo— tengo que transmitir su mandato. Tú debes limitarte a obedecer..."⁷

Todo a partir de la ruptura del personaje-narrador con su exterioridad e interioridad feliz, tendrá desenlaces inesperados y tortuosos, principios inequívocos y alevosías premeditadas, carcomiendo al narrador-protagonista en una embriaguez continua.

El personaje se desmiembra, se desarticula, no vuelve a ser el mismo, sólo le queda el vía crucis de escoger a otro, de elegirlo para desentrañar el misterio del derrumbe existencial, de la hecatombe personal más terrible.

Esta es *La obediencia nocturna* (novela del análisis de la desintegración de la personalidad para integrarse al mundo).⁸

De los comentarios que más se acercan a la "aproximación" para comprender a Melo, están los juicios de Juan García Ponce, los cuales tuve la oportunidad de leer en su excelente colección de ensayos titulada *Las huellas de la voz*, donde el compañero generacional del escritor describe la tarea de narrar lo inefable, la misión de alcanzar lo inexistente, la conciencia de la imposibilidad, donde la verdad sin sentido llega cuando se ha apostado todo al sentido. La novela narrada desde la suprema neutralidad de la indiferencia.⁹

Y hasta aquí me llevó mi plano-guía, en el asomo diurno y desobediente a *La obediencia nocturna*, vi al universo meloniano como esa descripción exacta del miedo y desencanto a la existencia. Vi la ruptura de un microcosmos frágil y fantástico poblado de amor y de seres inverosímiles que se enfrentaron más tarde al mundo del sinsaber, del sinsentido, de la soledad, del hastío y de la indiferencia, con la conciencia ya plena y desarrollada de que éste es un mundo adulto.

Una vez que el narrador-protagonista pierde su imaginación, su onirismo virtual e ingenuidad, su espacio se ve invadido por la progresión de la obsesión y el sinsabor del absurdo.

La obediencia nocturna es una novela digna de ser re-ubicada por varios aspectos fundamentales: 1) porque Juan Vicente Melo forma parte de un eslabón importante de la literatura mexicana de los '60; 2) porque sus personajes y tramas esbozan las tormentas internas de la personalidad con nombres definidos; 3) porque su literatura es un compendio psicológico de los traumas de su tiempo, y 4) porque sus relatos son la casa de los espejos donde los lectores vamos a reflejarnos con los defectos, vicios o virtudes en cóncavas y convexas figuras de la cruel realidad o de un interminable sueño.

¹ Juan Vicente Melo, *La obediencia nocturna*. Ed. Era. México, 1969, p. 170.

² *Idem*, p. 9.

³ Luis Arturo Ramos, *Melomanías*. Serie Diagonal. Ed. UNAM/INBA/Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. México, 1990, p. 86.

⁴ *Idem*, p. 87.

⁵ *Idem*, p. 92.

⁶ Juan Vicente Melo, *op. cit.*, p. 124.

⁷ *Idem*, p. 68.

⁸ Varios, *Historia General de México*. Ed. Colegio de México. Ensayo de Carlos Monsiváis. Cultura Mexicana del Siglo XX, p. 426.

⁹ Véase Juan García Ponce en *Las huellas de la voz*.

OH MI AMOR

Benjamín León Macías

Eramos colores prohibidos
ahora ya somos colores perdidos
oh mi amor
nos desterraron del arco iris
oh mi amor
nos enterraron el alma
ocultando nuestra luz
bajo el corazón del sol
bajo la razón sólo quedan sombras
de lo que fue nuestra voz
ahora sólo somos gatos
maullando bajo el mar
moviendo las olas
llevándolas hacia la orilla de la playa
donde nuestras huellas desaparecieron
confundiéndose entre los murmullos
de las burbujas de jabón
como las que sostienen los cimientos del cielo
como las que sostuvieron nuestra razón
y nuestro amor antes de morir
bajo el sol.

ERRO-DIAZ

Fernando M. Díaz

